

ellas. Asimismo, hay que señalar que la implicación no puede ser analizada tabularmente —renglón a renglón (228)—; se requiere una consideración global de la tabla de verdad.

El capítulo tercero está dedicado a una exposición sumaria de la Lógica de cuantificadores. El autor trata, en primer lugar, los cuantificadores como conjunciones o adjunciones iteradas y señala las dificultades que tal interpretación ofrece cuando se consideran conjuntos infinitos; señala, también, las relaciones entre los cuantificadores universal y existencial, y la inclusión e intersección de clases; por último, se ocupa de las relaciones de interdefinibilidad entre los cuantificadores y de algunas cuestiones que se refieren a lo que la tradición lógica ha denominado teoría de la equipolencia y teoría de la conversión, haciendo caso omiso de cuestiones tales como las del valor existencial de las proposiciones, la conversión por contraposición, etc. En este capítulo se utilizan como sinónimas las expresiones “universal negativa” y “negación de universal”, origen de diversas ambigüedades, atribuibles, tal vez, al traductor (no hemos tenido ocasión de confrontar el original alemán).

El último capítulo de esta segunda parte está dedicado a la silogística. El autor nos presenta la silogística como culminación de la Lógica (sin alegar razones que justifiquen tal afirmación), y hace un análisis de los modos silogísticos legítimos

según el criterio de los modos normados (primera figura) con cópulas conversas, sin novedad alguna respecto a las presentaciones de la silogística que se encuentran en la *Introducción a la Lógica* de MENNE, o en la *Lógica formal* de LORENZEN, salvo algunas observaciones como las que hace en torno a la distinción de las figuras silogísticas (“en una presentación moderna y sistemática de la silogística, se puede prescindir de toda esa “ganga”, que responde a un puro condicionamiento histórico” (262)) que ponen de manifiesto una absoluta falta de comprensión de la tradición lógica.

En suma, este libro encierra dos cuestiones de interés, aunque problemáticas: una teórica, la concepción de las proposiciones como nombres de casos; otra técnica, los diagramas lineales como definición de juntores; y un sinfín de malentendidos. Por todo ello creemos que la traducción de esta obra, tal vez, no está justificada, sobre todo si se tiene en cuenta que obras de primera línea no han sido traducidas todavía a nuestra lengua.

ANGEL D'ORS

SUANCES MARCOS, Manuel A.: *Max Scheler. Principios de una ética personalista*. Herder, Barcelona, 1976, 183 págs.

En la introducción del libro se analiza la personalidad filosófica de Max Scheler y se de-

clara el plan a seguir en la exposición del pensamiento ético del filósofo alemán. Siguen cuatro capítulos que se corresponden con los cuatro pilares sobre los que está edificada la ética scheleriana.

En el primero estudia el concepto de *persona*, entendida como unidad de actos; la relación persona-mundo, ya que a toda persona individual le corresponde un mundo individual; la relación de la persona con el yo psicológico y el organismo viviente, pues aun estando unida a ellos los trasciende. Una vez vista la esencia de la persona centra su atención en sus caracteres. Ello le posibilita exponer su valor ético, puesto que "en la persona se realizan los valores abstractos. De poco sirven la justicia, la bondad, el amor, etc., si no son actuales y vivientes en el mundo personal" (P. 51).

El segundo capítulo está dedicado al estudio del *valor*. El autor comienza exponiendo la importancia de una teoría de los valores frente al formalismo kantiano. Después de analizar en qué sentido se pueda decir que los valores sean objetivos, subjetivos y sometidos a la historicidad, explica el modo cómo fundamentan la conducta moral. Termina resumiendo la teoría scheleriana del valor: son cualidades materiales alcanzadas "merced al percibir sentimental y éste se encuentra en el hombre al igual que todas las leyes de los actos del sentir valores, del preferir, del amor, del odiar...;" (p. 79).

En el capítulo tercero se analiza el *amor como problema* central de la ética. Una visión panorámica del amor a través de la historia precede al estudio de su esencia en el pensamiento de *Scheler*.

Modos y formas son expuestos por el autor de una manera sintética. Esta visión nos hace comprender la importancia que para Scheler tiene este tema ya "que la esencia moral del hombre deriva de la dirección de su amor; igualmente derivan de él nuestro destino y la visión del mundo" (P. 85)

El cuarto capítulo se centra en el análisis del *modelo*. Su influencia, a diferencia de la del jefe, —el autor los distingue cuidadosamente— se opera en el alma de cada hombre y cada grupo humano. El santo, el genio, el héroe, el conductor de la civilización y el artista del placer son perfectamente expuestos. Y todo ello porque "no son las reglas morales abstractas de carácter general las que modelan y configuran el alma, sino siempre los modelos concretos" (p. 140).

Persona, valor, amor y modelo son ensamblados por el autor en la *conclusión* del libro para hacernos ver como la ética de Scheler está enraizada en estos principios fundamentales.

Se trata de un libro claro y ameno, valores difíciles de conseguir en la exposición de la filosofía de Scheler.

L. ALVAREZ MUNARRIZ